

Lágrimas cegadoras

DELIO CASTRO TENORIO

Te odio porque deseo abrazarte, te odio porque quiero soñarte, te odio porque necesito besarte, te odio porque adoro tocarte, te odio porque ya no espero encontrarte después de amarte... Anónimo

Odio: sentimiento negativo, que se encuentra cargado de una profunda antipatía, aversión, disgusto, enemistad o repulsión hacia una o varias personas, cosas, situaciones o fenómenos. Así como también se siente el deseo de evitar, limitar o destruir aquello por lo que se siente ese odio. (R. Spillman)

I

Uno de tantos días, un día como cualquier otro, mientras caminaba de regreso a casa, ella se encontró con su mejor amiga, o cuando menos con quien solía serlo, ya que ahora no era más que la persona a quien su ex novio llamaba “esposa”, no era más que la persona que una vez traicionó y quiso pensar que nada había pasado, que nada cambiaría después de ese día... Pero se equivocó, algo había cambiado.

Elena ya no era la misma persona quien fue una vez, ahora había un sentimiento distinto en su corazón. No podía ser amor -el amor te hace sonreír, el amor te hace vivir al máximo, te hace sentir mariposas en el estómago-, se dijo alguna vez con una sonrisa de perfecta idiota en su rostro; pero este nuevo sentimiento era diferente, le hacía sentir náusea, le hacía sentir que ya no quería vivir, le hacía llorar a escondidas -ya que su orgullo así lo dictaba-... esto sólo podía ser una cosa: ODIO...

-¡Hola!- escuchó venir de esa persona indeseable. Por suma cortesía trató de responder al saludo, pero las palabras se negaban a salir, Elena no lo quería, tras un segundo intento logró responder a tan indeseable saludo.

-¡Hola, Lucille, tiempo sin verte! Un sentimiento profundo la invadía conforme estas palabras salían de su boca, se sentía como una imbécil, se sentía

como una de esas personas que a ella realmente disgustaban. La hipocresía le invadía a cada segundo que pasaba.

-Sí, ha pasado su tiempo. ¿Cuánto ha sido, tres años ya?

-Cinco, cinco años han pasado. Corroboró ella inmediatamente ya que había contado cada día de sufrimiento, cada día de dolor que había pasado desde aquel trágico 22 de octubre.

-¡Cinco! Exclamó Lucille incrédula.

-Sip, ya han pasado cinco años desde que me mudé. Afirmó Elena. Cinco años desde que intentó huir de su realidad sin enfrentarla. Mientras hacía su mejor esfuerzo por sonreír. -¿Y cómo has vivido hasta ahora, cuéntame? Otra pregunta que no debía hacer según su orgullo, pero la hipocresía ganó la partida esta vez.

-Todo ha sido bastante bueno, respondió Lucille alegremente –su felicidad rebosaba en sí misma-. En cuanto al trabajo he tenido mucha suerte, y del amor no me puedo quejar –amor, aquella palabra que Elena quiso olvidar pero no conseguía hacerlo- desde mi matrimonio lo único que he vivido es felicidad.

-¡Eso es genial, me alegro de que así sea! Hipócritamente exclamó Elena. -¿Y dime, qué has sabido de Bruno? Bruno, no un hombre cualquiera, no un simple amigo al que dejas de ver y casualmente preguntas por él. Este era un hombre especial para la vida de ambas. Y aunque en la vida de Elena ese nombre sólo causaba dolor y sufrimiento, ella no lo podía olvidar –era un sentimiento así de obsesivo-.

-¿Bruno? Preguntó Lucille sonriente mientras levantaba su mano derecha mostrando la piedra que portaba en su dedo...

Elena quedó atónita, un profundo dolor invadió su pecho, al verla no necesitaba preguntar nada más. Por sí misma podía obviar el desenlace de los hechos, por sí misma podía reconocer que ya no quedaba esperanza alguna para recuperar su sonrisa, no quedaba oportunidad de sentir esas mariposas en el estómago una vez más. Sólo le quedaba un vacío doloroso, un vacío que la consumía lentamente dentro de una profunda tristeza.

El silencio se apoderó del momento y la atmósfera se tornó pesada, gris, incómoda para ambas; pero ninguna supo qué decir.

En un esfuerzo torpe por salir del apuro, Lucille miró su reloj.

- ¡No puede ser! Exclamó fuertemente –Ya estoy retrasada, debo apresurarme le dije a Bruno –BRUNO, de nuevo ese nombre, esas palabras que se introducían por los oídos de Elena y llegaban hasta su corazón en forma de dagas cuidadosamente afiladas- que nos veríamos en la estación del tren a las tres en punto; lo siento, Elena, pero debo irme, espero que nos volvamos a ver y ahora que también viviré en esta ciudad podamos retomar todo el tiempo perdido y volvamos a vivir como en los viejos tiempos...

Mientras decía esto, Lucille tomó una tarjeta y la puso en manos de Elena, una tarjeta donde estaban escritos su teléfono y dirección. Elena de nuevo con su sonrisa de perfecta idiota la aceptó y con un abrazo forzado mientras sentía como que se quemaba al tocar a esa persona culpable de su dolor, un ¡Claro me encantaría! salió de su boca.

II

Esa noche, Elena no consiguió dormir. Por más que lo intentara, una pregunta rondaba su cabeza – ¿Por qué? ¿Por qué en un país tan grande como Inglaterra, en una vasta ciudad como lo es Londres tenían que encontrarse? Aunque muy en el fondo eso era lo que más deseaba Elena, pero no para arreglar las cosas...

Al día siguiente, como cualquier otro día, Elena salió a trabajar, pero ya sus días no eran como antes, ahora una angustia le acompañaba en sus minutos. O quizá un deseo de ver a esa persona que tanto significó para ella, un deseo masoquista de ver de nuevo a esa persona a la que tantas lágrimas se le habían dedicado. Pensaba Elena mientras caminaba.

- Ciao, bella ¿come stai oggi? Se escuchó una voz en italiano que se dirigía a ella. Elena sonrientemente se volteó y contestó al saludo con un simple gesto. El chico era Marco, un joven italiano que trabajaba con ella en la oficina de bienes raíces y a quien se le conocía por estar profundamente enamorado de Elena, pero ella no le daba importancia ya que esperaba el regreso de su único amor –el cual ya había perdido por completo ante Lucille-

-¿Desde tan temprano a trabajar? Preguntó dulcemente Marco mientras tomaba el bolso de Elena.

-¡Sip! Respondió ella con una sonrisa mientras inconscientemente se reflejaba su sentimiento de tristeza en su rostro...

-¿Ocurrió algo? Preguntó Marco.

-¿Qué? ¿Por qué lo dices? No, nada ha pasado –Elena nunca aprendió a mentir... por lo que Marco lo pudo notar con facilidad, pero por temor a parecer impertinente y desagradar a Elena guardó silencio y continuaron su camino al trabajo...

El día continuó como cualquier otro día de trabajo, excepto al final de este. Cuando Elena salía de la oficina vio una silueta negra recostada a un lado del portón principal –parecía estar esperando algo o a alguien-; en una primera impresión pensó que sería Marco quien la esperaba para caminar juntos a casa. Elena se acercó rápidamente con una sonrisa a esa persona, pero...

-¡Hey! Tanto tiempo, no has cambiado nada. Su corazón se paralizó por un segundo, sus manos se tornaron frías y su respiración se volvió pesada.

-¡Esa voz!- pensó Elena inmediatamente –no puede ser, no puede ser, no puede ser. Se repetía constantemente a sí misma.

Temerosa, Elena preguntó -¿Quién es?

-No, no quién es sino quiénes son. Una voz femenina se oía decir desde atrás de esa sombra varonil.

Elena aún más confundida caminó hacia ellos para evitar el reflejo del sol y descubrir a esas personas que le hablaban pero ella ya lo tenía resuelto, sólo que no quería aceptarlo o de todo corazón deseaba que no fueran esas personas.

Pero al irse el reflejo del sol, lo que ella menos quería sucedió: ahí estaba él. -¡Bruno! Se dijo para sí misma y mientras se decía esto su corazón se aceleraba

a mil por el sobresalto, pero a su lado estaba alguien. Bruno no vino sólo, a su lado estaba aquella mujer, esa traidora, la culpable de todo ese dolor. Elena al verlos trató de ocultar sus emociones, y esta vez lo logró quizá tras cinco años de reprimir ese sentimiento. Elena al fin había comenzado a controlarlo o quizá la hipocresía volvió a ganar la partida.

Elena sólo sonrió con aquella sonrisa característica de ella y terminó de caminar hacia ellos.

-¡Hola! No lo puedo creer, Bruno. ¿De verdad eres tú?

-El que viste y calza mi querida amiga. – ¿¿¿Amiga!??? Esas palabras entraron el pecho de Elena como una lanza que es arrojada desde lo lejos.

Ante tal dolor, Elena casi sucumbe pero su orgullo la mantendría siempre en pie y su hipocresía la haría siempre sonreír y continuar con la para nada deseable conversación.

-¡No puede ser! ¿Y cómo has estado?

-De maravilla –otro más que no cabía en sí de felicidad- me ascendieron en el trabajo por lo que ahora trabajo aquí en Londres. –Bruno quien siempre había sido un aficionado a la fotografía y el periodismo ahora era el jefe de redacción del diario de Londres. – Y por lo demás, creo que Lucille ya te contó los detalles; ahora viviremos por este barrio así que decidimos pasar a buscarte y de pasó invitarte a tomar el té, si no tienes nada que hacer, claro está.

Inmediatamente, Elena trató de buscar una excusa para negarse a esa invitación, pero su mente no estaba trabajando, aún estaba en shock, no podía soportar el ver a esas dos personas que en un determinado momento le habían traído tanta felicidad y de repente en los últimos cinco años sólo le habían hecho sufrir y llorar en secreto.

Para suerte de Elena, en ese instante también Marco salía del trabajo y sin pensarlo, corrió hacia él, lo tomó de una mano y desde lejos gritó a esas personas.

-¡Lo siento, pero ya tengo planes para hoy. En otra ocasión será! Y sin volver a ver atrás, arrastró a Marco lejos del lugar. Otra vez su hipocresía salía a relucir, pero esta vez se convino con uno de sus peores complementos, el orgullo, y ahí estaba ella envolviendo a personas inocentes en su dilema. Otra vez actuando impulsivamente...

III

Más tarde, esa misma noche, dentro de uno de los restaurantes italianos predilectos de Marco, Elena seguía con sus pensamientos enredados, con su dolor de pecho.

-¡¡Amiga!! ¡¡Amiga!! ¡¡Amiga!! ¡¡Amiga!! ¡¡¡Sólo amiga!!! Se decía a sí misma en silencio y aunque trataba de esconder su angustia ante Marco no lo conseguía, ya que si había alguien en todo Londres que la conociera lo suficiente para con tan sólo una mirada descifrar sus sentimientos, ese era Marco. Pero él solamente guardó silencio ya que no quería ser imprudente y desagradar a su adorada Elena.

-¿Sabes? Dijo Elena con un tono dulce de voz, mas no por romanticismo sino más por tristeza. -¿Por qué si desde hace tanto que nos conocemos, nunca me has pedido que seamos pareja? Digo, si para nadie es un secreto, qué gusto y, bueno, creo que a mí tampoco me desagradaba como para ser pareja. Otra vez sus actos impulsivos, pero esta vez no eran como todos los anteriores, esta vez su acto estaba envolviendo a una persona inocente de toda culpa en su dolor y en su despecho hacia aquellos quienes la habían herido tan profundamente y ya no era sólo una vez, esta vez ya eran tres las que iban.

Para Elena el tiempo se había detenido por completo, ya no le importaba vivir cargando ese dolor, ya no le interesaba olvidar, ya no lo quería intentar superar, ahora lo que ella quería era venganza...

Ante tal proposición, Marco quedó perplejo. Quería hablar y decir algo dulce, algo que expresara a su querida Elena la felicidad que él sentía, pero las palabras no salieron. Ante tal impotencia, lo único que Marco pudo hacer fue besarla. Besarla y abrazarla tan fuerte como para no dejarla irse nunca de su lado...

IV

Desde aquel día han pasado ya seis meses, seis meses de mentiras, seis meses desde que Elena tomó aquella decisión tan precipitada... Ahora fingía ser feliz en cada instante, aparentaba estar totalmente enamorada de su joven italiano y así se lo hacía creer a todas las personas que la rodeaban. Incluso el mismo Marco había olvidado cómo leer los sentimientos de su amada, ahora lo único que le importaba era el poder tenerla cerca, abrazarla y besarla cuanto ella se lo pidiera... Ante sus ojos todo era perfecto.

Esa noche Marco se quedó a dormir en casa de Elena; sin embargo, Elena igual se sentía inmersa en una profunda soledad y tristeza.

-¿Sabes, amore? Dijo Marco con su acento mezclado entre inglés e italiano.

-¿Sí? dime ¿qué pasa?

-Ayer me encontré con dos personas que decían ser tus amigos. -¡Otra vez ellos! Pensó Elena al instante. Ya eso era demasiado, Elena ya no lo podía soportar; estaba al borde de la locura, su obsesión se había vuelto un sentimiento frustrante y sed de venganza...

-¿De verdad? Mmmm... ¿quiénes podrían ser? Dijo con un tono pensativo para aparentar, pero por dentro sentía ganas de llorar, gritar y romper todas las cosas que tuviera a su alcance; pero su orgullo la hacía mantenerse en pie y sin perder la cordura.

-Sí, me dijeron que te conocen desde que vivías en Durham. Durham ciudad natal de Elena, un lugar del cual Elena escapó para no tener que pasar por todo esto que ahora estaba viviendo, una ciudad llena de malas memorias para ella.

-¡Ah! Entonces te debes referir a Lucille y Bruno ¿No?

-Sí, creo que esos eran sus nombres.

-¿Y qué te dijeron? Preguntó Elena con una mirada de profundo odio ya que últimamente era muy común verles caminar juntos por todo Londres, con

sus sonrisas de recién enamorados y tomados de sus manos. El simple hecho de recordar la escena le producía ganas de vomitar a Elena, pero pensó que si lo que quería era vengarse, acercarse a ellos era la mejor opción...

-No mucho, hablamos poco ya que llevaba prisa, pero me dieron su dirección y me dijeron que estábamos invitados a tomar el té cuando quisiéramos...

La mesa estaba servida, esta era la oportunidad de Elena para ejecutar su venganza, que ante su desquicio no sería nada sencillo o poco complejo. Elena planeaba vengarse en grande. Lucille y Bruno pagarían tantos años de dolor...

-Eso es genial, llámalos y arregla una visita, me gustaría que los conocieras mejor. Dijo Elena con un tono siniestro de voz, pero Marco no le dio importancia; al contrario, estaba feliz de que por primera vez se presentarían como una pareja ante alguien "importante" para Elena.

-Eso haré, no te preocupes, yo te diré cuándo vamos...

V

El día de su visita ya había sido decidido y, como Marco prometió, inmediatamente se lo hizo saber a Elena.

-Amore. Dijo Marco con una dulce voz de joven perdidamente enamorado. -¿Te parece bien si vamos a visitar a tus amigos este sábado?

-¿Este sábado? Preguntó Elena un tanto exaltada.

-Sí, pero veo que no te parece bien, si gustas lo pod...

-¡No! ¡No! No te preocupes. Interrumpió Elena inmediatamente. -El sábado me parece genial, así está bien. Agregó Elena al final... El próximo sábado, no era un sábado como cualquier otro, este sábado tenía una fecha en especial. Este próximo sábado era 22 de octubre.

Ese día en que su dolor cumplía seis años era la fecha decidida para ejecutar su venganza; todo marchaba perfectamente. Ahora sólo tenía que iniciar con los preparativos para su pequeño ajuste de cuentas.

Ellos habían arruinado su vida hasta el punto de obligarla a mudarse y a tener que empezar de nuevo; ahora ella iba a tomar algo de igual valor. Su blanco eran sus vidas. Pero para ello sólo tenía que hacer un último ajuste, debía evitar que Marco se presentara a la cita...

VI

Hoy es 22 de octubre, el día selecto, el día de la compensación para Elena. Como planeado, llamó a Marco a la oficina y le dijo que no se presentaría a trabajar porque no se sentía bien y que sería mejor olvidarse de la visita a casa de Bruno y Lucille. Marco, como buen entendedor que era, le dijo que no habría problema alguno, que no se preocupara y se dedicara a mejorarse, pero esta vez Marco dijo algo diferente, algo que nunca antes había dicho, algo que le movió el corazón a Elena; al despedirse le dijo: -Cuídate, mejórate pronto y en alguna otra ocasión los visitaremos, no te preocupes por eso... AHORA LO MAS

IMPORTANTE ERES TÚ Y TU SALUD, NO SABRÍA QUÉ HACER SI TE PASARA ALGO. TI AMO... y colgó el teléfono.

Esto desconcertó a Elena, nunca antes un hombre le había dicho que la amaba, pero la decisión ya estaba tomada...

Esa misma tarde, cerca de las cinco en punto, Elena llegaba a casa de Bruno y Lucille, mientras que Marco llegaba a casa de Elena para cuidar de su salud...

-¡Ah! Elena, pasa, pasa por favor... dijo Lucille un poco sorprendida al ver que llegaba sola. ¿Vienes sola? Pensé que Marco vendría contigo.

-Sí, así era, pero tenía mucho trabajo pendiente en la oficina y se le hizo imposible venir. Dijo Elena con una voz tranquila, pero al mismo tiempo tenebrosa.

-Ya veo, pero bueno, no importa, la próxima será.

-Sí, la próxima será. Aunque ella sabía que no habría una próxima...

Mientras decían esto, ambas caminaban hacia el interior de la casa, era una casa hermosa y antigua al mejor estilo inglés. Al llegar a su interior, Lucille llevó a Elena hasta el estudio en donde estaba Bruno leyendo unos viejos libros de misterio –su literatura favorita–.

-¡Elena! Exclamó alegremente al verla. Qué alegría que viniste, ¿y Marco?

-No pudo venir, tenía trabajo que hacer. Interrumpió Lucille. –Pero no se preocupen, a la próxima él también vendrá. Por ahora, Elena, siéntete cómoda, estás en tu casa, yo iré a preparar un poco de té... Y salió de la habitación dejando a Elena y Bruno solos en el estudio.

Cuando Marco llegó a casa de Elena se encontró con que la puerta estaba abierta y todas las luces apagadas; buscó a Elena por toda la casa pero no pudo encontrarla. Varias veces llamó su nombre pero no hubo respuesta.

Al llegar al cuarto de la biblioteca, sobre un pequeño escritorio que Elena utilizaba para trabajar, encontró una carta. Una carta que sin él saber el porqué tenía su nombre en el sobre. Marco la abrió y empezó a leer:

Querido Marco:

Sé que nunca fui una mujer sincera contigo, que muchas veces fuiste capaz de sentir que yo estaba pensando en otro o en algo más importante que tú. Por ello me disculpo. Y también sé que muchas veces notaste mi dolor y te quedaste en silencio. Pero ya no te preocupes hoy ha llegado el día de acabar con todo ese sufrimiento.

Cuídate y espero que puedas encontrar a esa persona especial que te haga feliz ya que yo no soy esa persona que pueda hacerlo...

Elena.

Al finalizar la carta, Marco recordó lo triste que era la expresión de Elena al hablar sobre Bruno y Lucille, por lo que tomó sus cosas, corrió a todo lo que podía hacia la casa de Bruno y Lucille... Marco temía lo peor.

Una vez que Elena se encontró a solas con Bruno, cerró la puerta y preguntó:

-Bruno, dime una cosa.

-Sí, claro, ¿qué sería? Preguntó Bruno.

-¿Me amabas?

-¿Qué preguntas son esas? Elena obviamente sí te amaba.

-Entonces, ¿por qué? ¿Por qué me traicionaste así? Preguntó Elena con lágrimas en sus ojos.

Bruno al verla simplemente guardó silencio y se volteó hacia la ventana del estudio.

-Ya eso no tiene caso responderlo, eso es cosa del pasado y el pasado ya no tiene solución...

-Tienes razón, el pasado ya no tiene solución. Dijo Elena mientras sacaba un afilado cuchillo de su bolso, algo así como una daga. -Pero aunque no tenga solución, podemos intentar ajustarlo en el presente. Dicho esto, se abalanzó sobre Bruno clavando el puñal en su estómago.

Bruno la miró a los ojos y pudo ver todo el sufrimiento que Elena había acumulado, pudo ver sus lágrimas, su rabia... -Ahora ya lo has ajustado. Fue lo último que dijo Bruno dirigiéndose a Elena, quien ya había perdido por completo el juicio y se dejó morir... Pero estas palabras perturbaron aún más a Elena quien sin piedad lo apuñaló varias veces más hasta sentirse satisfecha.

Luego de salir de la casa, Marco se encontraba en el tren hacia la casa de Lucille y Bruno, en su rostro se notaba la desesperación, se notaba cuánto estaba sufriendo debido a ese sentimiento de impotencia. Para él, era espantoso saber lo que estaba por pasar y no poder hacer nada, pero el tren no podía ir más rápido.

Elena, totalmente desquiciada, se dirigió a la cocina en busca de Lucille, a quien encontró preparando el té, y sin voltear a verla – por lo que no notó la sangre derramada sobre todo el cuerpo de Elena- preguntó:

-¿Qué pasa, Elena? ¿Acaso Bruno te aburre con sus historias de periodismo y misterio?

-No, no te preocupes, sólo que tenía algo que ajustar contigo y pensé que ahora sería el momento ideal para ello. Dijo Elena con un tono de voz frívolo y pretencioso.

-Sí, claro, dime ¿qué sería? Exclamó Lucille y se volteó hacia Elena; al verla, Lucille dejó caer la bandeja que llevaba en las manos, quiso gritar pero cuando lo intentó una afilada hoja de acero se lo impedía mientras pasaba a través de su garganta...

Lucille, en un último esfuerzo, logró alcanzar uno de los cuchillos que tenía en la cocina y con su último aliento lo empujó de frente, clavándose en el pecho de Elena. Una vez ambas caídas en el suelo, Elena empezó a pensar en lo que había sido su vida y, sin una razón aparente, en lo único que podía pensar era en todos los momentos que había pasado con Marco. Lágrimas empezaron a brotar de sus ojos mientras se decía a sí misma que ese era el final de todo su dolor y su agonía, pero aún se sentía triste porque ese también era el final de su felicidad; aquella felicidad que había descubierto que tenía tan sólo unos pocos minutos antes.

Elena lloró, lloró toda su vida y sus lágrimas la segaron para nunca ver la felicidad que tenía y mientras seguía llorando, esperando su muerte, se podía

oír en lo profundo una canción a ritmo de rock, quizá de algún grupo de jóvenes amateurs que soñaban con seguir sus sueños, que decía:

...Decepción, cuando en la vida hay algo que causa dolor,
Y que penetra en tu mente.
Frustración, cuando crees que estás solo frente al mundo y no,
El está contigo siempre.

Sentimientos que atormentan tu interior,
Te desgarran por dentro menguando tu fuerza.
Decisiones que acabaron en error
Te hacen ver que esta vida no va a ser perfecta.

Tu obsesión, dejó encerrado en muros a tu corazón,
Y lo mató lentamente.
La ilusión, se fue tornando en fuerte desesperación,
Al no poder ser feliz siempre.

No pudiste darte cuenta de tu error,
Te encerraste en ti mismo esquivando su alma.
A su lado pudiste alcanzar el sol,
Elegiste un camino que no lleva a nada.
Ahora ya es tarde para poderlo cambiar...

